

en España, y un acontecimiento tan dichoso, pareció á los amigos de Colon la ocasion mas propicia para recordar á la reina los proyectos del navegante genovés. Aquellos dos hombres se fundaban en que la prosperidad prepara el corazon humano á los nobles pensamientos y le anima á la ejecucion de empresas grandiosas. Quintanilla y Santo Angelo se expresaron con tanto calor y entusiasmo acerca de los proyectos de Colon, y defendieron tan bien su causa, que la reina y su esposo no opusieron mas resistencia. Un mensajero fué enviado para alcanzar á Colon, que ya habia partido, y su regreso fué un triunfo. Esperado con impaciencia por Fernando y su esposa, les presentó las condiciones de la expedicion que iba á intentar: fueron inmediatamente aceptadas, y Colon se preparó á la ejecucion de su empresa.

En fin, ya tiene en sus manos el acta, ó mas bien el tratado revestido de las firmas de Fernando y de Isabel. Este tratado le confiere el vireinato de todas las comarcas que pueda descubrir, garantizando para siempre la trasmision de esta dignidad á sus descendientes: además le asegura, tanto á él como á toda su posteridad, un décimo del producto anual de las tierras descubiertas.

I.

Singular cláusula del tratado.—Preparativos de la expedicion en el puerto de Palos.—Alonso Pinzon.—Gastos del armamento.—Composicion de la escuadra.—Efectivo.—El 3 de agosto de 1492.—Partida.—El timon roto.—Terroros supersticiosos de los compañeros de Colon.—El almirante los tranquiliza.—Llegada á las islas Canarias.—6 de setiembre de 1492.—Escenas de desesperacion.—Declinacion de la brújula.—Los vientos alisios.—Síntomas de desaliento.—Explicacion del almirante.—Una rebelion á bordo.—Valor y serenidad de Colon.—Amenazas de muerte.—Convenio entre Colon y sus compañeros.—Tierra! tierra!—El Te-Deum.—Arrepentimiento y perdon.

ISABEL en calidad de reina de Castilla, quiso encargarse sola de los gastos de la expedicion (1); aunque estipulando, que únicamente sus súbditos

[1] Para éste empeño sus mismas joyas á Luis de Santo Anjel, escribano de raciones, el que aprontó sobre las alhajas mas de 16000 ducados.—[Nota del traductor.]

castellanos podrian establecerse en los países descubiertos, y que los extranjeros no tendrian derecho mas que á una permanencia muy limitada. Mientras vivió aquella princesa tuvo buen cuidado del exstricto cumplimiento de esta cláusula, á la que tuvieron que someterse hasta los mismos súbditos de su esposo Fernando, y si hubo excepciones, fueron muy raras.

La corte dió órdenes para el pronto armamento de la expedicion; pero Colon tuvo que luchar todavía con largos retardos y dificultades de mas de un género. Lo era preciso ante todas cosas desvanecer los terrores de los hombres que habian de tomar parte en la expedicion, cuyo objeto, tan vago y remoto, asustaba aun á los marinos mas experimentados. En fin, tres buques fueron equipados en el puerto de Palos, pequeña poblacion marítima de Andalucía. Tal vez Colon no hubiera podido vencer los obstáculos que se oponian á su partida, sin la actividad y los esfuerzos personales de Martín Alonso Pinzón, hábil y rico navegante de Palos, que lo mismo que su hermano (1) se habia asociado á la suerte de Colon. Estos dos hermanos con sus exhortacio-

[1] *Habia además otro hermano llamado Francisco Martín, el mas joven de los Pinzones, que fué de piloto en la carabela Pinta.*—(Nota del traductor.)

nes determinaron á un cierto número de vecinos de Palos á que les acompañasen. Martín adelantó además á Colon una suma considerable, para completar los gastos del armamento de la expedicion, pues pronto echó de ver que los socorros pedidos al gobierno español no bastaban para costearla. Por otra parte, si no hubiera economizado así sus pedidos, tal vez la corte de España hubiera temido demasiados gastos y entorpecido de nuevo al navegante. Colon se condujo con tal prudencia, que todos los gastos del armamento no pasaron de veinticuatro mil rixdalers, que representan cerca de trescientos sesenta mil reales de España; suma que aun pareció excesiva á la corte, por lo que Colon para que no se renunciara á la empresa, se comprometió á aprontar la octava parte de los gastos, bajo la condicion de ser indemnizado con un octavo del producto del viaje.

Colon habia pedido tres buques pequeños: de los que le dieron, dos eran embarcaciones ligeras; unas especies de carabelas ó grandes barcas, como las que se han empleado despues para hacer el cabotaje en las costas ó á la entrada de los rios. Estas embarcaciones no tenian puentes y únicamente su popa y su proa estaban muy elevadas. Por lo demás, Colon habia juzgado que la pequenez de estos navíos era una ventaja para él, pues le facilitaria durante el viaje la navegacion cerca de las costas, ó la entrada en las bahías y rios poco profundos. Así, cuando en su tercer viaje costeó los bordes del

golfo de Paria, se quejó del grandor de su embarcación, á pesar de que ésta que hacía de navío almirante, no alcanzaba el porte de cien toneladas: se llamaba *la Santa María*, la segunda *la Pinta* y la tercera *la Niña*. El equipaje de esta reducida escuadra, provista de víveres para un año, presentaba un efectivo de cerca de noventa hombres.

Ya todos los preparativos están terminados, y las embarcaciones están en la rada de Palos. Colon implora á la Providencia, invocando las bendiciones del cielo para su empresa, y despues de haber cumplido este religioso deber, da la señal de la partida. Se hizo á la vela el 3 de agosto de 1492, alejándose entre estrepitosas aclamaciones de una inmensa muchedumbre que le sigue con la vista y le acompaña con sus esperanzas.

Fiel á su plan, Colon se dirigió hácia las Canarias. Al otro dia de su partida, un accidente de poca importancia pudiera haber comprometido el resultado de la empresa, si él hubiera participado de la pusilanimidad supersticiosa de sus compañeros. Rompióse el timon de *la Pinta*, y aun se creyó que esto sucediese por cálculo del piloto, que asustado con los riesgos de la empresa, esperaba obligar á Colon que diese la vuelta á la costa de España. En efecto, á vista del timon roto, el equipaje de *la Pinta* lanzó un grito de desesperacion, y viendo en este accidente el mas funesto presagio, rodeó á Colon diciéndole:

—Somos perdidos si no retrocedemos al instante:
A España! A España!

—Qué motivo os obliga, les preguntó Colon, á expresaros así? Compañeros, ¿qué se ha hecho vuestro valor?

—Y qué! contestaban, el cielo no ha cuidado de advertirnos la suerte que nos espera y las desgracias que nos amenazan, si queremos continuar un viaje de tan peligrosa temeridad!

—Cómo! replicó Colon, ¿un accidente tan comun en el mar pudo ser considerado como un aviso de Dios, como un pronóstico de infortunios y de peligros? ¿Sabeis, amigos míos, lo que significa un timon roto. Significa que es preciso componerle; á la obra pues, y dentro de algunas horas *la Pinta* podrá arrostrar todos los vientos y hacer frente á todas las tempestades.

—Nuestro almirante, decian entre sí los marineros en voz baja, es un hombre de buen temple. Poca mella le pueden hacer los presagios, puesto que no cree en ellos.

Las pocas palabras pronunciadas por Colon, su sangre fria y su calma habian vuelto la confianza al equipaje de *la Pinta*. Todos los hombres que le componian pusieron manos á la obra y el timon volvió en breve á su estado primitivo; pero el almirante comprendiendo cuán importante le era prevenir los efectos de aquellos terrores supersticiosos y preparar á sus compañeros contra la repetición de accidentes como el que habia introducido el desorden á bordo de *la Pinta*, hizo todos sus esfuerzos para ilustrar, para instruir aquellos espíritus crédulos pro-

bándoles que la razon rechazaba, repugnaba como una necedad la interpretacion de cada accidente como un presagio del porvenir.

—Ocultando á los ojos del hombre su destino futuro, decia él, Dios le ha dado una prueba palpable de su bondad y su sabiduría. Es por consiguiente una locura la pretension de leer el porvenir en ciertos signos, y atribuirles una influencia que nunca pueden tener. El hombre sábio y sinceramente piadoso no se inquieta mas que por el exacto cumplimiento de sus deberes: espera con serenidad y resignacion los decretos de la Providencia; mas nunca intenta prejuzgarlos. Así pues, camaradas, que no se vuelva mas á dar entrada á esos vanos terrores, á esos presentimientos siniestros, hijos de la credulidad y del miedo. Españoles, acordáos de que vuestra patria os ha confiado una grande empresa, mostraos dignos de llevarla á cabo.

Los compañeros de Colon, sosegados con estas exhortaciones, continuaron su camino y llegaron á las islas Canarias, donde anclaron. Despues de algunas composturas que exigia el estado de los buques, la escuadra se lanzó el 6 de setiembre á el vasto mar occidental, donde ningun navío se habia atrevido hasta entonces á desplegar sus velas.

La escuadra sorprendida por una calma, anduvo poco el primer dia; el segunno, ó el tercero segun otros historiadores, perdió de vista las Canarias, y entonces los compañeros de Colon volvieron á su abatimiento. Parecia que solo entonces apreciaban el

motivo de su viaje, y espantados de la audacia de su empresa, manifestaban su disgusto y su temor con lágrimas, sollozos y señales de desesperacion, como si ya tocasen al término de su existencia, como si Colon los condujese á la muerte. Semejante á una roca combatida por las olas bramadoras sin ser conmovida, Colon opone su serenidad, su calma y su convencimiento al desaliento general, y el contraste de esta heróica firmeza con las lamentaciones de los que le rodean les hace avergonzarse de su flaqueza. Les habla de sus esperanzas, de su fe en el resultado de la expedicion, y consigue hacerles partícipes de su convencimiento; les muestra en perspectiva los tesoros y la gloria que le esperan. ¿Se atreverian á volver á España donde no encontrarian mas que oprobio y verguenza por premio de su pusilanimidad? Todos responden que están prontos á seguir á su jefe, á desafiar con él los peligros, y á participar con él del honor de una empresa cuyo triunfo les parece seguro.

Despues de esta victoria conseguida sobre el miedo, Colon se preparó á sostener otros combates, porque preveía que sus compañeros pondrian mas de una vez á prueba su constancia y no tardarian en recaer en su abatimiento y desesperacion. Desde entonces apenas se apartó de la cubierta de su nave, y allí, de pié derecho, teniendo ya la sonda, ya el instrumento necesario para las observaciones astronómicas, examinaba á que grados de longitud y latitud se encontraba la flotilla. Apenas descán-

saba algunos ratos, porque sabia que el éxito de la empresa dependia de su asidua vigilancia y que todo era perdido si su energía y su actividad se desmentian un solo instante.

Antes de proseguir nuestra relacion, debemos dar algunas explicaciones acerca de los nombres de longitud y latitud que se podrán encontrar con frecuencia en esta obra. Nadie ignora que la tierra es redonda como una bola; á pesar de que presenta en su superficie muchas desigualdades. Hay en esta tierra dos puntos colocados uno en frente de otro, y al rededor de los cuales verifica su movimiento continuo de rotacion: estos puntos se llaman polos de la tierra. El mas elevado tiene perpendicularmente encima de sí una estrella que se llama setentrional, por lo que este punto se llama polo setentrional; el otro es el polo meridional.

En medio de la bola figurada por la esfera geográfica, se ha trazado una línea ó un círculo que la divide en dos partes iguales: esta línea no existe realmente, pero ha sido imaginada por la ciencia y se llama ecuador, porque con su ayuda, la tierra se halla dividida en dos partes iguales, y porque los dias son iguales á las noches cuando el sol se halla perpendicular sobre esta círculo. Se llama longitud de la tierra el espacio que al rededor de ella marca esta línea.

En cuanto á la latitud de la tierra, se halla trazada en la esfera por líneas tiradas desde el polo setentrional al meridional, y que se llaman meri-

dianos, porque es mediodia al mismo tiempo en todos los sitios por encima de los cuales pasa un mismo meridiano, cuando el sol se halla enfrente de esta línea.

Se divide el ecuador y los meridianos en grados, cada uno de los cuales marca un espacio de unas diez y siete leguas y media. El ecuador contiene trescientos sesenta de estos grados y hay ciento ochenta en un meridiano desde uno á otro polo. Así, decir que tal sitio está al grado trescientos treinta de longitud, es lo mismo que decir, que contando los grados del ecuador desde este sitio, caminando siempre al Oeste al rededor de la tierra hasta el primer meridiano, hay trescientos treinta grados. Decir que este mismo punto está á los ocho grados de latitud, es indicar que hay ocho, contando los grados del primer meridiano desde el ecuador hasta el sitio designado. Cuando se trata de la latitud de la tierra encima del ecuador y hácia el polo setentrional, se llama latitud setentrional para distinguirla de la que se halla debajo del Ecuador hácia el polo meridional y se llama latitud meridional.

Al otro dia de su salida de las islas Canarias Colon contrariado por el viento no habia avanzado mas de diez y ocho leguas; pero presumiendo que sus compañeros se asustarian solo con lo largo del camino, juzgó que debia engañarlos acerca del que andaban cada dia; así les anunció que solo se hallaban á quince leguas de las Canarias.

El 12 de setiembre, que era el sexto día de su navegación, se hallaban á los 350 grados de longitud de la isla de Hierro, una de las Canarias, ó lo que es lo mismo, á ciento cincuenta millas de este punto hácia el Occidente y en el mismo grado de su latitud setentrional. En este día, los marineros vieron el tronco del árbol muy grande que parecia haber andado por mucho tiempo errante sobre las aguas, y este encuentro les hizo esperar que pronto encontrarían tierras. Esta ilusion duró poco: habrían avanzado como cincuenta leguas mas lejos, cuando un fenómeno vino á introducir de nuevo entre ellos la inquietud y la consternacion. Colon mismo no fué dueño de disimular la sorpresa que le causaba.

Se sabe que la aguja tocada al iman es el guia mas seguro de los navegantes: gracias á la propiedad que tienen de dirigir su punta hácia el Norte pueden reconocer la noche y el dia, los cuatro puntos cardinales y guiarse en su marcha. Sin este guia, que hasta entonces habia sido fiel, el hombre que hubiese intentado un viaje tan largo en un mar todavía desconocido, hubiera merecido con justicia reconvenciones por su loca temeridad. Es fácil por consiguiente figurarse la sorpresa de Colon y el terror de sus compañeros, cuando advirtieron que la aguja de la brújula, en vez de indicar directamente la estrella polar, se inclinaba un grado entero hácia el Oeste.

¿Cuál era la causa de este fenómeno desconocido hasta entonces á Colon y á los demás navegantes?

La ciencia consultada hace muchos siglos, todavía no ha podido responder satisfactoriamente á esta pregunta; aunque la declinacion se haya observado muchas veces, y aun anotado exactamente los parajes en que se efectúa. ¡Cuántos mas secretos hay en la naturaleza que el hombre no ha podido todavía penetrar!

La consternacion mas profunda reinaba entre los compañeros de Colon, que se estremecian al volver su vista al espacio que habian recorrido; espacio que les parecia inmenso; aunque el almirante habia tenido cuidado de disminuirse lo menos en una tercera parte, engañándolos con un cómputo falso; pero la declinacion de la brújula era la principal causa de su espanto, puesto que anunciaba una revolucion en el órden de los elementos y en las leyes de la naturaleza.

—¿Qué va á ser de nosotros, exclamaban afligidos, cuando la aguja de marear, nuestro único guia, nos abandona?

Colon, cuyo fecundo ingenio para todo hallaba salida, explicaba á sus compañeros aquel fenómeno de un modo que les satisfaciese y no perdiesen sus esperanzas, cuando se notó de improviso que las embarcaciones caminaban sin cesar empujadas en línea recta hácia el Oeste, lo que fué un nuevo motivo de espanto. Como ignoraban la accion é influencia de los vientos llamados alisios, que reinan constantemente entre los trópicos de Este á Oeste, se inquietaban con fundamento, creyéndose separa-

dos para siempre de las costas de España por aquel terrible viento del Este.

Ya comenzaban á tranquilizarse un poco, cuando el mar se les apareció, tan lejos como su vista podia alcanzar, cubierto de yerbas verdes, tan espesas en algunos parajes, que entorpecian la marcha de la nave.

—He aquí, exclamaban, el límite de que no deben pasar los buques: estas yerbas son una insuperable barrera levantada por el mismo Dios, y ocultan las rocas donde deberá estrellarse la nave que tenga la audacia de pasar adelante. ¿Iremos á perdernos con nuestras embarcaciones en ese mar, del que la prudencia aconseja alejarnos? Desgraciada la hora en que nos hemos fiado de las promesas falaces de un aventurero y en que hemos consentido en seguirle.

Colon, cuya prudencia y sangre fria se sostenia á la altura de tan apuradas circunstancias, les decia:

—Os alarmais por una cosa que debia por el contrario excitar toda vuestra alegría, puesto que os anuncia que ya vais á coger el fruto de vuestros afanes y el premio de vuestros esfuerzos. . . . ¿Es posible que la yerba crezca en medio del mar? Esta vegetacion pertenece á un continente del que no distamos mucho, y que va bien pronto á presentarse á vuestros ojos.

En el momento en que Colon pronunciaba estas palabras, el equipaje vió una bandada de pájaros

de diferentes especies, que levantaban el vuelo por el lado del Oeste. Con semejante espectáculo revivieron todas las esperanzas, y considerando seguro el triunfo de la expedicion, no pensaron mas que en seguir con ardor el rumbo hácia aquella tierra que parecia tan cercana.

Mas, ¡ah! las conjeturas que habian hecho á vista de la yerba que cubria la superficie del mar, y del vuelo de las aves, eran otros tantos errores, y una triste realidad disipó las ilusiones del almirante y sus compañeros. Habian ya recorrido un espacio de setecientas setenta leguas marinas y todavía no se presentaba el ansiado continente, pero de cuantos hombres iban en las tres carabelas, solo Colon era capaz de calcular el camino que se andaba, y recurriendo á su ardid acostumbrado, anunció á sus compañeros que solo quinientas ochenta leguas habian sido andadas por la escuadra.

Pero aquella vasta extension de mar que los se para de su patria, los llena de terror, y los gemidos, las quejas y los murmullos empiezan de nuevo: tan pronto se acusan por haber escuchado las alucinadoras palabras de Colon, dejándose engañar por sus quiméricas promesas, tan pronto culpan á la reina Isabel, por haber sacrificado tantos vasallos en una loca empresa.

—Gracias á Dios, decian, ya hemos dado bastantes pruebas de valor, para no temer el que nos llamen cobardes; ahora nos toca pensar en nuestro provecho, y aventurarlo todo por volver á nuestra

patria. . . . pero el viento que viene constantemente del Este ¿no nos quita hasta la esperanza de volver? Obliguemos á el almirante á que se detenga y renuncie á sus insensatos proyectos.

Todavía era mayor el peligro que amenazaba á Colon: algunos compañeros suyos proponen deshacerse de él y darle sepultura en aquel mar desconocido, á donde su loca audacia quiere conducirlos

—¡A el mar el almirante! ¡á el mar el autor de todos nuestros males! exclaman; si hemos de perecer, ¡que no sea sin venganza! ¡A nosotros pertenece castigar al aventurero, cuya perfidia nos pierde! ¿Qué le importa á la España la vida de este aventurero que se ha burlado de ella, que ha expuesto la de tantos españoles que todavía podian ser útiles á su patria? ¡Que muera! A nadie se le ocurrirá, si Dios nos deja volver á España, pedirnos cuenta de este hombre, y al saber nuestra venganza: todos nuestros compatriotas la aplaudirán como un acto de justicia.

Perdido era el almirante si cedía un solo momento á la rebelion, si se manifestaba asustado ó indeciso. Colon se presenta delante de los sediciosos, la serenidad de su rostro y su calma contrastan con las violentas pasiones que se pintan en los semblantes de sus compañeros. Finge ignorar que atentan contra su vida y les dice:

—¿Qué es lo que acabo de saber, amigos míos? ¿Cuál es vuestra intencion?

—Queremos volver á España. . . . Volvednos á nuestra patria! volvednos al puerto de Palos!

Estos gritos son repetidos con furor por todo el equipaje, acompañándolos con ademanes de amenaza.

—¿Quereis volver á España? No obstante, hace poco tiempo que confiando en mí, estábais llenos de esperanza y jurábais seguirme á todas partes, porque estábais convencidos de que no os engañaba. ¿De dónde proviene esta mudanza? ¿qué es lo que ha sucedido? ¿qué es lo que os da derecho para acusarme de temerario ó de impostor? ¡En el momento mismo de llegar al término de la empresa, quereis alejaros de él vergonzosamente! ¿Sois españoles y tendreis miedo?

A estas palabras, que el almirante dirigia con intencion á el orgullo de los hombres que le rodeaban, un estremecimiento eléctrico, síntoma de la manifestacion de sentimientos generosos, advirtió á Colon que no se equivocaba. Por lo mismo, exclamó levantando la voz:

—Españoles, ¿teneis miedo?

—No, no, respondieron marinos y soldados llevando la mano á las espadas.

—¡Ah! lo reconozco con placer, todavía sois los dignos hijos de la España y podeis escuchar el lenguaje del honor. Quereis volver á vuestra patria y regresar al seno de vuestras familias; mas no es el temor del peligro el que os hace retroceder antes de cubrirlos de gloria en la empresa á que os he asociado. Sin embargo, amigos, ¿qué dirá la España viendo que os presentais sin haber llevado á su de-

bido término la empresa grandiosa que os habia encomendado, sabiendo que habeis desobedecido á vuestro jefe, y abandonado á los extranjeros el nuevo universo que pudiérais haber dado á vuestra patria?

—Tampoco ellos le han de encontrar, respondió una nueva voz que interrumpió á el almirante.

—¿Quién os ha dicho? ¡Habeis merecido conquistar ese nuevo mundo que os he prometido! Decid las tempestades que habeis tenido que arrostrar, los padecimientos que han puesto á prueba vuestro valor. Vuestra navegacion ha sido lenta tal vez; pero tranquila y en un mar sin borrascas. ¿Habeis tenido que lamentaros de aquellas horribles privaciones con las que el marino lucha con frecuencia en sus viajes? No, solamente la tierra tarda en ofrecerse á vuestra vista; ya la vereis dentro de algunos dias; mañana tal vez; y ¿es posible que no tengais paciencia para esperar tan corto tiempo?

—Mas si después de seguiros, salimos con que han sido inútiles nuestras pesquisas, ¿quién nos volverá á España? preguntó Alvarez, uno de los marineros mas antiguos de *la Santa María*.

—Yo, replicó al instante Colon.

—¿Mas si el viento se mantiene siempre al Este?

—Cambiará, yo os lo prometo, y favorecerá nuestro regreso á España, en cuanto háyamos correspondido á la confianza de nuestros augustos soberanos, el rey Fernando y la reina Isabel.... pero observad, mis queridos amigos, el cielo quiere darnos una

prueba de su proteccion: mirad, nuevo viento es el que infla nuestras velas..... es el viento del Sud-oeste.

—¡El viento del Sud-oeste! el viento del sud-oeste exclaman los hombres del equipaje al ver la nueva direccion comunicada á las velas, estrechándose después al rededor del almirante para renovar un juramento que habian estado á punto de quebrantar.

Aquellos marinos, subyugados de esta suerte por el ascendiente de un hombre superior y su poderosa palabra, habian vuelto á entrar en la senda del deber y habian recobrado toda su confianza en el buen resultado de la expedicion, porque el repentino cambio del viento los tranquilizaba plenamente acerca de la posibilidad de volver á su patria. Otros indicios de las cercanías de tierra confirmaron bien pronto las palabras de Colon y las nuevas esperanzas que habia hecho concebir á sus compañeros. Un dia, el comandante de *la Pinta*, que iba siempre delante como la mas velera, dió aviso á el almirante de que creia distinguir tierra al Norte, como á unas quince leguas. Esta noticia excitó trasportes de alegría: suplicaron á Colon que se dirigiese hácia aquella parte; pero el almirante, seguro de la exactitud de sus cálculos, sabia que el capitan de *la Pinta* estaba equivocado y continuó el rumbo de Este á Oeste, sin ceder á los ruegos ni aterrarse por las amenazas.

Fácil le hubiera sido sin duda alguna apartarse un

momento de su ruta y dirigirse hácia el punto designado por Pinzon; mas su inteligencia superior le daba á conocer las fatales consecuencias de la concecion que hubiera podido hacer á las exigencias de sus compañeros. Convencido del error del capitán de *la Pinta*, hubiera justificado las dudas de la tripulacion acerca de la habilidad del almirante y la exactitud de su plan de viaje. Un ligero extravío sin resultados podia alterar la confianza que inspiraba, siendo además un funesto precedente del que sus súbditos se prevaldrían para exigirle imperiosamente modificaciones en sus proyectos, y aun tal vez dictar le su voluntad. Colon se portó como hombre experimentado, y las consecuencias de su viaje harto probaron que se habia conducido con mucha prudencia, resistiendo á las importunidades del equipaje.

Al otro dia por la mañana vieron muchas aves marítimas y Colon suponiendo que nó podria alejarse mucho de tierra, se creyó que le venian á anunciar su cercanía. De su engaño participaron tambien sus compañeros, hasta que la sonda desvaneci6 sus esperanzas: no se encontró el fondo, ni aun después de haber soltado doscientas brazas de cuerda, que hacen casi mil doscientos piés. Se estaba por consiguiente muy lejos de la tierra, porque es sabido que el mar tiene regularmente poca profundidad en la inmediacion de las costas. Al caer de la tarde del siguiente dia, vinieron unos pájaros muy cantarines á encaramarse en las gabias, distrayendo á la tripulacion con sus alegres trinos. Pasaron toda la no-

che en aquella posicion, y al amanecer del siguiente dia echaron á volar hácia el Oeste.

Poco después se vió un pájaro de los trópicos, y por último, un espectáculo extraño, inesperado, causó la mas viva sorpresa á todos los hombres de la expedicion: era una nube de peces voladores que se elevaban fuera del agua; algunos vinieron á caer sobre el puente, donde cogidos y examinados con la mayor atencion, nadie se cansaba de observar la longitud de las extrañas nadaderas que les servian de alas. Por la noche se vió el mar cubierto de yerba, y del conjunto de estas circunstancias deducia la tripulacion que no se tardaria en descubrir tierra; mas los dias se sucedian á las noches, y cuanto mas avanzaban en aquel Océano sin límites, mas distante parecia la tierra al impaciente anhelo de los compañeros de Colon. Entonces empezó á cundir á bordo de las tres carabelas el espíritu de sedicion, que no tardó en estallar, con la particularidad de que los oficiales, que habian permanecido fieles á Colon, hacian ya causa comun con los marineros. Presentóse aquel á los revoltosos, queriendo acudir á los medios que tan bien le habian probado otras veces; pero ellos no quieren escucharle. Sus gritos cubren su voz, le insultan, le ultrajan y le amenazan con la muerte si inmediatamente no dispone que la expedicion dé la vuelta hácia España.

Era preciso ceder ó morir: ceder era ir á exponerse á la burla de todo un pueblo, y condenarse á

un oprobio eterno! La muerte le parecía mil veces preferible á la vergüenza de volver á España; pero los sublevados exigian pronta respuesta. Colon les pidió tres días mas de resignacion y de obediencia: si en este plazo no se descubria un continente, se comprometia á volverlos á España, garantizándose por una y otra parte la ejecucion de este convenio con mutuas protestas.

Colon estaba sin inquietud, porque los indicios de la cercanía de tierra eran cada vez mas frecuentes y le daban la certidumbre de que abordaria á ella antes del término fijado en el convenio. Ya la sonda, que hacia tres días llegaba al fondo del mar, se hundia en el cieno; además, millares de pajaritos á quienes la cortedad de sus alas no permitia alejarse mucho de las costas, volaban hácia el Oeste; tambien sacaron del mar un arbusto cubierto de un fruto encarnado y fresco todavía, y por último, los vientos eran menos variables, particularmente al acercarse la noche. Estos eran otros tantos presagios de que se llegaba por fin al término de aquella larga y penosa navegacion, y de que Colon iba á recibir el premio de su constancia heroica.

Era tal la certidumbre que tenia el almirante de la proximidad de la tierra, que al anoecer del siguiente dia encargó á sus compañeros que diesen gracias á Dios, que les habia dado una prueba tan palpable de su proteccion en una empresa tan arriesgada; despues prescribió todas las medidas que aconsejaba la prudencia. Así mandó que se plega-

sen las velas, temiendo con razon que durante la noche las embarcaciones fuesen á dar contra la costa, donde corriesen peligro.

El almirante recordó á sus compañeros la promesa que habia hecho la reina Isabel al primero que descubriese el nuevo continente [1]. Durante toda la noche, oficiales, marineros y soldados se estuvieron de pié derecho sobre el puente de sus naves, en la mayor agitacion, y sin apartar la vista del punto por donde esperaban ver aquella tierra por tanto tiempo deseada.

Hácia las diez de la noche, Colon, que estaba en el castillo de proa, creyó que veia brillar una luz allá á lo lejos, y llamando á un paje de la reina que iba á bordo, le enseñó aquella luz. El jóven la distinguió tambien, y aun se la hizo notar á otra persona que entonces se llegó á ellos. Los tres convinieron en que aquella luz era móvil y que un viajero debia llevarla.

De improviso á las dos de la madrugada, la tripulacion de la *Pinta* lanza el grito de ¡Tierra! tierra! que repetido al instante por las tripulaciones

[1] Los reyes católicos habian prometido diez mil maravedís de juro al primero que descubriese la tierra, y Colon por su parte prometió tambien un jubon de seda.—El primer español que vió la tierra, y por consiguiente alcanzó el premio, fué un marinero de la *Pinta* llamado Rodrigo de Triana.—[Nota del traductor.]

de las otras dos carabelas, llena los corazones de alegría. Sin embargo, como tantas veces habían consentido para ver despues burladas sus esperanzas, esperaron la venida de la aurora, para estar seguros de que esta vez no se equivocaban, y que habían por fin conseguido el objeto de la expedición. En fin, las tinieblas se disipan poco á poco; el horizonte se tiñe con los reflejos de la naciente aurora, y la tripulación de *la Pinta*, á vista de la tierra, entona el *Te Deum* acompañada por los marineros de las otras dos carabelas, que tambien dirigen al cielo la expresion de su agradecimiento. Todos los corazones palpitan, las lágrimas corren y apenas han satisfecho aquel piadoso deber, cuando piensan expiar por medio de una ruidosa reparacion los ultrages y violencias que han hecho á el almirante. Aquellos mismos hombres que poco antes desconocian su autoridad y amenazaban su existencia, se arrojan á sus piés para implorar el perdon de su infame conducta. Colon, enternecido por la sinceridad de su arrepentimiento, les promete olvidar lo pasado: su magnanimidad corre parejas con su valor y se ostenta entonces tan generoso, como inalterable se habia manifestado en su lucha contra la rebelion.

III.

Descubrimiento de la isla de Guanahani.—Desembarco de los españoles.—Fijan una cruz en la costa.—Toma de posesion en nombre de los reyes de España.—Mutua sorpresa de españoles y de indios.—Descubrimiento de Cuba.—Traicion de Pinzon.—Descubrimiento de la Española ó Haiti.—Visita de un cacique.—Naufragio de Colon.—Establecimiento de una colonia.—Partida de Colon á España.—Una tempestad.—Recebimiento de Colon en la corte de Portugal.

LA tierra que tenia á la vista era una de las islas Lucayas ó de Bahama y se llama Guanahani. Colon agradecido al país á cuyo descubrimiento debia su salvacion, le puso el nombre de *San Salvador*; pero no ha conservado este nombre que perpetuaba un recuerdo tan grande y piadoso.